

SEGUNDA PARTE.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
La reina.....	Sra. Cañete.	Cronwel.....	Sr. Servin.
Un barquero.....	Sr. Castillo.	Groslow.....	" Armario.
Blaissois.....	" Lopez.	El coronel Tomlinson.....	" Castañeda.
Tomy.....	" L. Galindo.	Tome-Lowe.....	" Sta. Cruz.
Un soldado.....	" T. Galindo.	Parry.....	" Aburto.
Madama Turquenne.....	Sra. Peluffo.	Uncentinela.....	" T. Galindo.
Athos.....	Sr. Mata.	Otro.....	" Castillo.
Porthos.....	" Estrella.	Un sargento.....	" L. Galindo.
Aramis.....	" Castro.	Plaiston.....	" Lopez.
D'Artagnan.....	" Fabre.	Findlay.....	" Arsinas.
Mousqueton.....	" Granados.	Un hombre.....	" Palomo.
Grimaud.....	" Ojeda.	Un escribano.....	" Castillo.
De Winter.....	" Viñolas.	Andres.....	" T. Galindo.
Mordaunt.....	" Armenta.	Dos niños del rey.	
Carlos 1. ^o	" Vallete.		

Guardias, soldados, marineros, pueblo, &c., &c.

ACTO PRIMERO.

CUADRO I.

Cuarto de D'Artagnan. El hotel de la Chevrete calle de Figuelton en París. En el primer plano á la derecha, una puerta de entrada que se abre sobre una escalera. A la izquierda, en la pared cortada un armario cerrado con una cortina, y en el fondo una ventana ancha.

ESCENA I.

MAGDALENA SOLA CON UN VESTIDO Y UN CEPILLO.

MAG. ¡Vaya un vestido bonito y muy bien hecho, de terciopelo azul, que por cierto, no se lo conocía yo al señor d'Artagnan! ¡Con este seguramente, es con el que hace sus conquistas el ingrato, ¡Pero, tate! ¡Qué diablós

hay aquí en los bolsillos! ¡Oiga! Unos papeles; esta vez no se me podrá decir que soy curiosa, aunque despues de todo no carezco absolutamente de derecho para serlo. No hay duda, este es un billete.... Vamos á ver qué sucede. [*Desdobra el papel y lee.*] Gigote de pavita, carpá estofada, pastel á la mazarin, y tres botellas de vino de Anjou. ¡Esto no se puede sufrir! ¡Es una picardía! ¡una infidelidad! Como si la mesa de Chevrete no fuese suficiente, y aun sobrada, para un jóven galante; pero esta infidelidad se la puedo perdonar todavía. [*Saca otra carta.*] Papel número dos. [*Lee.*] "Caballero, vuestro adversario ya comienza á convalecer; no hay mas que tres estocadas que me inquietan, las otras se van cicatrizando poco á poco." ¡Ah! sí, habla sin duda del sargento suizo que se habia instalado en mi hotel, á pesar mio; lo puedo decir, á pesar mio; y que el señor d'Artagnan, á su vuelta de la campaña de Flandes, lo encontró ocupando su cuarto, el cual ha dejado muy bonitamente, recibiendo en cambio cinco estocadas. ¡Pobre hombre! y no es mal sugeto en el fondo. [*Colgando el vestido.*] ¡Ay! señor d'Artagnan!... Entonces sí que estábais enamorado, porque teniais celos de todo el mundo!... ¡hasta de los suizos! Véamos este otro. [*Toma otro vestido.*] He aquí el ju-

bon sagrado; la famosa casaca de los mosqueteros, que nosotros conservamos como una reliquia; véamos si hay algo aquí en los bolsillos de la reliquia. ¡Hola! ¡hola!... unos papelitos atados con una cinta.... ¡ah, traidor!... ¡Con una cinta azul!... Empecemos por leer este billetico, que tiene por cierto los renglones bien juntos, y unas letras tan pequeñas, que parecen paticas de mosca. Este, por supuesto, infaliblemente es de una mujer.... "Mi querido d'Artagnan".... Pues, su querido d'Artagnan!... "Confieso que vuestra memoria me persigue hasta en mi convento de Noissy le sec." ¡Ah! No hay que decir que esta no es una carta, y yo le probaré con ella.... Pero, ¡si esto es horroroso!... ¡Ay! Dios mio, ¡qué ruido es ese!... El es, pronto las armillas, los cinturones, los vestidos en este armario.... Pero, ¡en dónde he puesto la casaca que tenia las cartas!... ¡Ah! aquí está; cuando él salga, yo se las volveré á poner; pero ya que esta vez he dado con el escondrijo, quiero saber á qué he de atenerme.

ESCENA II.

MAGDALENA, D'ARTAGNAN.

D'ART. ¡Hola! ¡vos aquí mi querida señora Turquenne!

MAG. Sí señor d'Artagnan, ya lo veis, aquí ordenando....

D'ART. ¡Qué hermoso es el poder decir; yo ordeno! El hecho es Magdalena, [*Mirando en derredor de él*] que vos ordenais con frecuencia y siempre bien.

MAG. Es el deber de una buena mujer, y yo soy la vuestra.... [*D'Artagnan la mira de reajo.*] Vuestra ama de gobierno, quise decir. ¡Oh! no, no creais que tenga yo la necia pretension de aspirar á la mano de un teniente de mosqueteros.

D'ART. Perfectamente, Magdalena, así me gusta, que penseis con juicio. Creia que aun se paseaban por vuestra cabeza las ideas de himeneo.

MAG. ¡Pobre de mí! No, señor d'Artagnan, desde que os habeis explicado sobre este punto tan categóricamente conmigo, ya yo....

D'ART. Mi querida señora Turquenne, me complazco en encontraros tan razonable. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos, y toda claridad escusa queja. Por otra parte, yo todavía no estoy muy seguro de que el difunto Turquenne haya muerto; y se ha visto ya mas de un marido que ha vuelto del otro mundo, solo por tener el simple gusto de hacer ahorcár á su sucesor; pero en este momento, mi querida Magdalena, no se trata de debatir la existencia de vuestro primer esposo. Se trata ahora de otra cosa muy distinta, se trata nada menos que de encontrar....

MAG. ¡Qué, pues!....

D'ART. De encontrar unas cuantas ideas.... muchas ideas.... escelentes ideas.... ideas luminosas.

MAG. ¡Oh!.... ¡no mas eso!.... pues no creo que es un arco de Iglesia. Cuando esas ideas os faltan, bien sabeis en dónde buscarlas.

D'ART. ¡Ah! sí, cerca de vos, ¡no es eso mi querida señora Turquenne!

MAG. No cerca de mí; pero sí detras de mi leñera.

D'ART. En efecto; éste es el proverbio de Athos; se encuentran mas ideas en el fondo de una sola botella, que en las cabezas de cuarenta académicos.

MAG. ¡Y cuántas ideas os harian falta ahora!

D'ART. Lo que es ahora, me bastarian dos; pero de superior calidad.... ¡Me entendeis, Magdalena? Una, atrevida, ardiente, enérgica, con sello colorado; la otra, alegre, ingeniosa, fantástica, con el sello verde.

MAG. Ya! y acompañada de una rebana-da de este pastel de cabrito.

D'ART. Cuyo rico olor trasciende hasta allá abajo. Es cosa rara, querida señora Turquenne, el cómo sabeis leer en mi corazón. [*La abraza.*]

MAG. [*Tentándole la bolsa del vestido.*] ¡Ay!... ¡qué es lo que teneis aquí!.... ¡dinero!

D'ART. Sí, unas monedas....

MAG. Es bien extraño. Vos que os estais llorando siempre pobre....

D'ART. ¡Qué! Si no es mio. Es un depósito que me ha confiado el gobierno.

MAG. ¡Qué misterioso sois!.... Estoy segura que si yo abriese esta escribanía....

D'ART. Magdalena, no vayais á comprometeros con esa imprudencia; esa es una escribanía de secreto, y, como si dijéramos, un mueble de familia, y que ya ha matado á tres mujeres imprudentes que han tenido la temeridad.... pero yo creo, mi buena Turquenne, que me habeis hablado de leñera, y de botellas y es preciso que eso no se quede en conversacion.

MAG. Bien podeis gloriaros de tener el secreto de manejar á las mujeres á vuestro antojo.

D'ART. Eso, señora Turquenne, es el resultado de quince años de estudio; y ahí está la prueba de la gran ventaja que tiene el vino sobre las mujeres. El vino cuanto mas se le paladea, mas se le conoce; mientras que á las mujeres, al contrario....

MAG. Voy, voy á traeros el par de botellas.

ART. En hora buena, y cerrad la puerta.

ESCENA III.

D'ARTAGNAN, solo.

D'ART. ¡Qué hábil! ¡qué guapa y qué dies-

tra es! No adolece mas que de un solo defecto, y es que nunca tiene bastante con lo de su bolsillo; apenas la abracé, que olfateó al momento que estaba en el mio el dinero de su Eminencia.... y ¡qué peligroso es el dinero del tal Mazarin! ¡Anda, monigote italiano, roñoso!.... No hay duda que el avaro hizo una grande hazaña, dándome doscientos escudos. Al principio, yo creia que eran doblones de España.... ya eso era algo; valia la pena de tomarlos.... ¡pero doscientos escudos! y eso, á cuenta, signor d'Artagnan.... ¡Maldito Mazarin!.... Sí, mio caro teniente, volved á la tarea, empezad de nuevo á hacerlos quebrar las piernas; haceos romper los brazos, haceos atravesar la barriga á estocadas, y haceos, en fin, agujerar hasta los botones de vuestra armilla á pistoletazos, y yo os daré.... ¡qué! uno cuenta.... y la cuenta cuando, modrego! Ahí está el ítem. Lo cierto es que yo le he pedido.... ¡qué! nada, una bagatela, un título de baron para Porthos que se las pela por tenerlo. ¡Y qué ha hecho el buen cardenal! Toma un pergamino, escribe en él los apellidos de mi ahijado, burila el despacho, y me lo vuelve sin firmar.... ¡Pero, señor, y la firma! Cuando volvais, mio caro signor d'Artagnan.... ¡Pero, y si no volvemos! ¡Cómo no! y en fin, eso de volver ó no, es cuenta vuestra. ¡Pues y la reina! ¡Otra que bien baila! Da gusto el verla con aquella enorme y prolongada nariz, el labio á la austriaca y sus bellas é insolentes manos, y cirila luego decir: señor d'Artagnan, sed muy adicto y muy fiel á S. M.... ¡pues! ¡seré adicto á S. M. por doscientos escudos!.... ¡Por doscientos escudos!.... ya quisiéramos.... por cincuenta, porque los doscientos hay que repartirlos entre los cuatro, entre mis tres amigos y yo. Es decir, cincuenta escudos para Athos, cincuenta para Porthos y cincuenta para Aramis. (Se rie como burlándose.) ¡Es verdad que si yo no los volviese á encontrar!.... pero no, es forzoso que yo vuelva á ver á estos dignos amigos, á quienes no veo hace tantos años. ¡Lo que es el mundo, y qué cosas tan raras pasan en él! Vive uno con tres ó cuatro ó cinco amigos, dos ó tres ó cuatro ó cinco años, y se estrechan de tal manera, y se contrae tal habitud de estar juntos, que parece imposible que puedan vivir luego los unos sin los otros; y así lo decimos y así lo repetimos, y así acabamos por creerlo; cuando de repente viene un huracan que todo lo arranca y todo lo destruye, y arroja á uno al Mediodía, y el otro al Norte, y á este al Oriente, y á aquel al Occidente. Piérdense todos de vista, y todo queda concluido. Si acaso, alguna que otra carta, allá muy de tarde en tarde. Con todo, se suele haber alguna escepcion, y no se debe siempre acusar á todos. Recuerdo ahora que yo recibí una carta de Athos.... me parece que fué en 1643, sí, seis meses, poco mas ó menos antes de la muerte del cardenal béamos en dónde la he recibido... ¡ah! ya

caigo! Estaba yo entonces en el sitio de Besançon, y me acuerdo como si fuera ahora, que me hallaba en la trinchera.... ¡qué demonios me decia en ella!.... ¡Ah! sí, que él vivia en una pequeña casa de campo.... ¡pero en dónde! Justamente ahí iba, cuando un ventarron me arrebató la carta de las manos, y la arrojó hácia la ciudad para que los españoles se entretuvieran con ella, aunque de nada les servia, y á mí hoy me seria muy útil. Pero yo no debo ya pensar en Athos, sino en Porthos y en Aramis, y que tambien me han escrito mas tarde. ¡Dónde estarán sus cartas! ¡Ah! probablemente en mi querida casaca. [Abre el armario.] ¡Toma! Magdalena ha arreglado todo esto; me complace mucho saber el modo que ella tiene de arreglar, y no podré escusarme de darle por ello las gracias. ¡Pobre casaca! Es una verdadera presea. ¡Cuántas aventuras ha presenciado! ¡y á cuántas batallas ha asistido! Ella ha conservado tambien sus gloriosas cicatrices. ¡Ah! hé aquí un balazo de aquel vizcaino que me roció la piel sobre el baluarte de San Gervasio, en aquel famoso combate de heróica memoria, cuando peleábamos cuatro contra cinco, es decir, uno contra veinticinco: justo, como los escudos de su Eminencia. Esta sí que es una costura gloriosa! ¡Qué mano la hizo!.... pues no me acuerdo; ¡Cosa mas rara! De todos los tejidos que yo conozco, el mas sólido y el que se recose con mas facilidad ¡parece increíble! es el pellejo humano. Esta casaca de búfalo ya no sirve para nada, y todavía la piel del señor d'Artagnan vale alguna cosa. A todo esto, yo no encuentro mis cartas, parece que el demonio anda en el asunto: estos malhadados escudos son los que me tienen como hechizado. Pero, señor, si ellas estaban en el bolsillo.... ¡malditas cartas!.... Ahora caigo, Magdalena que lo arregla todo tambien.... Sí, ella ha de saber.... ¡Magdalena! ¡Magdalena!

ESCENA IV.

Dicho y MAGDALENA.

MAGD. ¡Jesus, qué prisa! ya estoy aquí, he tenido que ir yo misma á la bodega.

D'ART. ¡Bueno! pero decidme....

MAGD. (Malo, ha andado en el armario.) Mirad, sello encarnado. [Si habrá descubierto algo!] Y esta, sello verde.

D'ART. Muy bien, mi querida Turquenne, muy bien, ya veo que os esmerais en servirme y.... pero poned las botellas sobre la mesa, y venid aquí.

MAGD. ¡Qué es lo que hay en este saco!

D'ART. ¡No os lo he dicho ya! El dinero del gobierno. Aquel mismo dinero.... pero

no lo toqueis, porque abrasa los dedos; y además de eso, yo quiero que ahora conversemos.

MAGD. Pues entonces, conversemos.

D'ART. Magdalena, vida mia, henos ya aquí en la habitacion del buen señor d'Artagnan, donde todo lo hemos arreglado á las mil maravillas.

MAGD. (Ahora es ello.) Sí, señor, como de costumbre: todo en órden, no puedo decir que no. Cuando entrásteis, me vísteis ocupada, y....

D'ART. Sí, en el arreglo, y á fuerza de arreglar, para que todo quedase bien arreglado, hemos vuelto los bolsillos al revés.

MAGD. No he sido yo por cierto: no, yo jamas....

D'ART. Querida Magdalena, carísima amiga mia! entre varias y muchísimas y bellísimas cualidades que os hacen preciosísima á mis ojos, hay una que yo desearia muchísimo procuráseis eliminar. Sois horriblemente zelosa, y ya lo sabeis, Magdalena, y si no lo sabeis, vais á aprenderlo: un gran predicador, dijo y si no lo dijo, debería haberlo dicho: Los zelos arrastran á las mujeres á escudriñar en los cajones de las mesas y en los bolsillos de los calzones.... ¡Me comprendeis, Magdalena!

MAGD. Ese precepto por mas moral que sea, no habla conmigo, á mí no se me puede echar en cara esa falta.

D'ART. No importa; la moral nunca está de mas. Oidme, pues, mi querida Magdalena: Sí, como lo repetís á todas horas, vuestro deseo es hacer mi felicidad, por los clavos de Cristo os suplico que con ese buen deseo, no me hagais el mas infeliz de los mortales.

MAGD. Sin embargo, yo no comprendo.... no puedo responder....

D'ART. Ellas estaban aquí, en mi bolsillo, Magdalena.... precisamente aquí en este bolsillo.... ellas son tres cartas.... ¡me entendeis bien ahora! El bolsillo, por supuesto, no tiene ningun agujero.... nada.... no está roto, ni descosido.... y las tres cartas estaban atadas con una cinta azul.

MAGD. ¡Ah! ahora entiendo.... ¡Con una cinta azul! Eso es muy galante.

D'ART. ¡Magdalena mia! ya veis que yo estoy muy tranquilo, muy cariñoso y muy amable; ya veis que no tengo cerca de mí ni siquiera una varita. Hagamos, pues, las cosas de un modo galante y sin desentonarnos.... Confesad de liso en llano, que al sacudir mis raídos vestidos, se cayó el paquete de las cartas.... ¡Ah!.... ¡se cayó!.... ¡no es verdad! y que vos lo habeis alzado, con que vamos, devolvedmelo.

MAGD. Ya sabeis, señor d'Artagnan, que yo nunca sacudo los vestidos de mis locatarios.

D'ART. ¡Voto á una legion de demonios!... ¡Magdalena!.... yo no me incomodo, no, no, no.... yo no quiero incomodarne al menos.... pero si no parecen las cartas de

Athos, de Aramis y de Porthos.... la de Porthos sobre todo, yo degüello á cuantos hay en el hotel, y no dejo aquí títere con cabeza ¡Me entendeis!

MAGD. Sí, señor!.... pero no griteis de ese modo.

D'ART. Pronto, la carta de Porthos, ó ¡por Jesucristo vivo!....

MAGD. Calmaos, no vayan á creer las gentes que estamos disputando.... Oid, parece que sube alguno....

D'ART. [Escuchando.] ¡Válgame Dios!.... ese paso pesa trescientas libras.... [Suben torpemente.] Si yo fuera bastante estúpido para creer que la Providencia se ocupa de mí, diria sin vacilar que son los pasos de Porthos.... (Tocan.) ¡Eh! y si yo no supiera que mi digno amigo está allá en sus posesiones de yo no sé donde, y en su castillo de yo no sé qué, diria que ese golpe es del puño de Porthos.

MAGD. ¡Válgame Dios! Ese señor va á echar la puerta abajo.

PORT. [De fuera.] ¡Cómo es esto! ¡no se abre la puerta á un amigo!

D'ART. No hay duda, es la voz de Porthos! ¡Qué hermosa peripecia!

ESCENA V.

Dichos, Porthos y MOUSQUETON.

D'ART. ¡Es Porthos en cuerpo y alma!.... ¡Querido amigo!.... (Saltándole al cuello.)

PORT. El mismo, que viene, como veis con su fiel Mousqueton. ¡Con que me conocísteis!....

D'ART. Sí, al momento, y doy gracias á la casualidad....

PORT. ¡Cómo á la casualidad!

D'ART. Sí, porque yo no esperaba....

PORT. No, pero no es la casualidad la que me trae aquí, sino vuestra carta.

D'ART. ¡Mi carta!

PORT. Por supuesto; miradla. [Le da una carta.] Está dirigida á mí. "Al señor Duvalon de Bracieux, de Pierrefons.

D'ART. ¡Oh! sí, de Pierrefons! esto es; ahora me acuerdo, ese es el nombre del castillo.... Y sin embargo, no soy yo quien os ha escrito.

PORT. Poco á poco: eso no es posible. (Le leyendo.) "Procurad estar el 20 de Octubre del presente año de 1648, en la posada de la Chevrette, calle de Tiqueton, en Paris, que allá! vive vuestro amigo d'Artagnan, quien tendrá sumo placer en veros. "Esto ni mas ni menos, es lo que está aquí escrito al pie de la letra.

D'ART. No lo dudo; pero no lo he escrito yo, y es cuanto puedo decir.

MAGD. Puede que sea alguna carta que se ha caído de las casacas viejas del señor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

PORT. Bien puede ser. (*Viendo á Magdalena.*) Dispensadme, señora, si no tuve el honor de haberos visto antes para....

D'ART. Mi querido Porthos, os presento á la señora Magdalena Turquenne, que es la posadera mas hacendosa de Francia, y de Navarra; mujer que no permite jamas que se estravie ni un solo papel de sus locatarios; pero dejaremos esto por ahora: ya estais aquí, Porthos, y eso es lo que importa; lo demas se aclarará mas tarde. Mi querida señora Turquenne, el señor Porthos come hoy conmigo.

MAGD. Entonces se necesitarán otros dos sellos encarnados, y dos verdes; voy por ellos.

D'ART. Sí, andad.

ESCENA VI.

Dichos, menos MAGDALENA.

D'ART. Mientras, querido amigo, llega el refuerzo que ha ido á traernos Magdalena, saludemos á dúo estas dos botellas.

PORT. Con mucho gusto.

D'ART. ¡Voto al chápiro! amigo mio!.... ¡conque vos bueno?

PORT. Sí, la salud no es mala. [*Suspira.*]

D'ART. Siempre vigoroso, fuerte!

PORT. Eso sí, como nunca: figuraos que en mi castillo de Pierrefons, tengo una biblioteca.

D'ART. ¡De veras!.... segun eso estareis muy rico, mi querido Porthos, cuando gastais así el dinero en cosas inútiles.

PORT. Os diré: la tal biblioteca era como una parte integral del castillo, porque lo compré ya amueblado del todo, y....

D'ART. Sí, ¡pero qué tiene de comun esa biblioteca con vuestra fuerza?

PORT. Voy á esplicároslo. En esta biblioteca hay un libro....

D'ART. ¡Cómo! ¿en vuestra biblioteca no hay mas que un solo libro?

PORT. No es eso, hombre; esperad: Mousqueton, ¡cuántos libros hay en mi biblioteca!

MONS. Seis mil, monseñor.

PORT. Esto es; hay seis mil libros. (*Vuelve suspirar.*)

D'ART. Pues ya hay con que entretenerse.

PORT. Como digo; entre estos seis mil libros, hay uno muy interesante que trata nada menos que de los doce trabajos de Hércules, de las hazañas de Theseo y de los hechos gestas de Milon de Crotona. Y yo para distraerme allá en mi retiro, ¡qué pensais que he hecho? He hecho todo lo que hacia Milon de Crotona.

D'ART. ¡Cómo! ¿habeis matado un bucy de un puñetazo?

PORT. Por supuesto.

D'ART. ¡Y habeis andado con él á cuestras quinientos pasos!

PORT. Seiscientos.

D'ART. ¡Y lo habeis comido en un dia!

PORT. Casi; casi, no hay sino una cosa que yo no he podido hacer.

D'ART. ¡Cuál es!

PORT. Dice el libro aquel, que Milon se ataba una cuerda en derredor de la cabeza, y que luego, inflando sus músculos, la rompía.

D'ART. Eso quiere decir, que vuestra fuerza no está en la cabeza.

PORT. No, está aquí en los brazos.

D'ART. ¡Qué feliz sois, Porthos! rico, robusto, fuerte!

PORT. Sí, bastante feliz. [*Suspira.*]

D'ART. ¡Pero qué diablo teneis! si no he contado mal, van ya tres veces que suspirais, y con fuerza.

PORT. ¡Vos creis que yo!....

D'ART. Cualquiera diria que teneis algo que os atormenta.

PORT. ¡De veras!

D'ART. Tal vez cuidados de familia

PORT. ¡Qué! si yo no tengo familia.

D'ART. Quizá no sois feliz en vuestro matrimonio con la señora Duvalon.

PORT. Si ya hace casi dos años que se ha muerto.

D'ART. ¡Ah! ¿se ha muerto!

PORT. Sí, ¡no es verdad Mousqueton!

MON. Hace cerca de dos años, sí señor.

D'ART. Pues entonces, ¡qué diablo teneis! ¡por qué suspirais!

PORT. ¡Por qué! os lo diré con franqueza, me falta algo.

D'ART. ¡Y qué demonios os puede faltar! Vos teneis castillos, praderas, tierras de labranza, bosques y montañas. Vos sois rico, viudo y fuerte como Milon de Crotona, y no estais espuesto á que un dia os coman los leones.

PORT. Sí, es verdad que tengo todo eso, y todo no es bastante, porque yo soy ambicioso.

D'ART. ¡Ambicioso!

PORT. Sí, ¡y por qué no! Veo que todos tienen algun dictado, menos yo. Vos sois caballero, Aramis es caballero, Athos es conde, y....

D'ART. ¡Vos quisiérais ser baron?

PORT. ¡Ah!....

D'ART. (*Sacando el despacho.*) Alargad el brazo, Porthos.

PORT. ¡Y para qué!

D'ART. Alargadlo, os digo: mas todavia ¡bueno!

PORT. Un pergamino con las armas de Francia!

D'ART. Leed.

PORT. Ordenanza real que conceda al señor Duvalon, el título de baron.

D'ART. De baron, dice.

PORT. ¡Y qué importa que lo diga, si no está firmado!

D'ART. No se puede obtener todo á un

tiempo; primero el despacho, y mas tarde la firma.

PORT. ¡Y qué pasos hay que dar para conseguir la firma!

D'ART. Muy poca cosa, en verdad: abandonar vuestros castillos; volver á tomar nuestros arneses; correr tras las aventuras, y dejar, como en otro tiempo, unos trocitos de nuestras pieles, sembradas por esos caminos.

PORT. ¡Pues es una chilindrina! me proponéis nada menos que la guerra.

D'ART. ¡Habeis observado, amigo mio, nuestra marcha política?

PORT. ¡Yo! ¿y para qué!

D'ART. ¡Sois partidario de los príncipes, ó de Mazarin!

PORT. Yo seré partidario de quien me haga baron.

D'ART. ¡Famosa respuesta, amigo! ¡Y estais resuelto á seguirme!

PORT. Hasta el fin del mundo.

D'ART. Entonces id á vuestra posada, y vestíos la piel de búfalo y la coraza.

PORT. Para esa operacion no necesito mas que diez minutos, con diez minutos estoy á la vela.

D'ART. ¡Teneis un buen caballo?

PORT. Tengo cuatro, ¡no es verdad, Mousqueton!

MON. Sí señor, cuatro: Bayared, Roland, Joyeuse y la Rochelle.

D'ART. En ese caso, no perdais tiempo, tal vez partamos hoy mismo.

PORT. ¡Bah!

D'ART. Sí, si cuando llegásteis, iba yo á buscaros.

PORT. ¡Pero si vos no sabíais!.... en fin; ¡y adónde vamos?

D'ART. No lo sé.

PORT. Pues si no lo sabeis, infaliblemente que nos perdemos en el camino.

D'ART. Tranquilizaos, que el señor de Mazarin nos dará un guia.

PORT. ¡Bueno! ¡y cuando volvamos me harán baron!

D'ART. Ya está dicho: id á equiparos.

PORT. ¡Vienes, Monstou?

MON. Sí, señor baron.

PORT. [*Enternecido.*] ¡Ah! ¡Mouston!.... acabas de pronunciar una palabra que no olvidaré nunca.

D'ART. (*Sorprendido, aparte.*) ¡Mouston? (*Vase Porthos.*)

ESCENA IX.

D'ARTAGNAN deteniendo á MOUSQUETON.

D'ART. Dime, mi querido Mousqueton, ¡por qué no me has dado parte de la desgracia que tuviste, perdiendo una sílaba de tu nombre? ¿Cómo te sobrevino ese accidente?

MON. Caballero, tan luego como ascen-

dí de lacayo á mayordomo de su señoría, he adoptado el nombre que llevo, por parecerme mas noble, y porque con él me hago respetar mas de mis subordinados.

D'ART. Comprendo; ¡tu amo y tú! teneis cada cual vuestra ambicion: él la de alargar su nombre, y tú la de acortarlo. Id con Dios, señor Mouston. [*Vase Mousqueton.*]

ESCENA VIII.

D'ARTAGNAN, solo.

Está visto, no es tan difícil como se cree el manejar á los hombres. Estudiad los intereses de cada cuál, lisonjead su amor propio, punzadles fuerte y dadles la mano, y ellos irán á donde vos quisiéreis. ¡He aquí á Porthos enganchado por cuenta del cardenal! Siempre sucede esto: en habiendo quien atice.... pero con él solo no basta, necesitamos de Athos y de Aramis ¡Oh! contaremos con ellos ¡Cómo han de faltarnos nuestros amigos! Es verdad que Athos ya estará un poco viejo: era el mayor de todos nosotros, y bebia de una manera horrosa: estará completamente embrutecido.... ¡Es pavoroso! una naturaleza tan privilegiada, una inteligencia tan sublime, un personaje tan elevado, un hombre que desparramaba el dinero como las nubes echan el hielo; que tiraba de la espada con un ademán verdaderamente regio.... pues bien, ese noble caballero de altivo mirar, ese hermoso guerrero tan apuesto y tan brillante que todos se admiraban de que tuviese una simple espada en la mano, en vez de un baston de mando, estará probablemente convertido en un miserable viejo, encorvado, con la nariz colorada y con los ojos llorosos, y.... ¡Oh! ¡qué cosa tan repugnante es el vino, (*Bebe.*) cuando es malo!

ESCENA VIII.

D'ARTAGNAN, MAGDALENA.

MAGD. El señor conde de la Fére.

D'ART. ¡Y quién es ese conde de la Fére!

MAGD. ¡Qué sé yo! un señor muy guapo.

D'ART. ¡Jóven!

MAGD. Como de treinta y cinco á cuarenta años.

D'ART. ¡De hermosa presencia!

MAGD. Tiene el aspecto de un rey.

ATHOS. (*Fuera.*) ¡Qué, no estais visible, querido d'Artagnan!

D'ART. ¡Qué oigo! Cualquiera diria que es su voz.... ¡pronto, Magdalena, hacedlo entrar!

ESCENA X.

Dichos, ATHOS.

D'ART. ¡Athos! ¡amigo mio!

ATHOS. ¡D'Artagnan, querido hijo!... ¡qué, no queráis ya volverme á ver! (Se abrazan.)

D'ART. No, amigo mio, no es eso, sino que por el nombre de la Fête, no os conocía.

ATHOS. Sí, he vuelto á tomar el título de mis antepasados; pero aunque he cambiado de apellido, no por eso he cambiado de corazón, ni vos tampoco, ¿no es así?

D'ART. Tan no es así, que hoy mismo pensaba en vos; justamente acabo de preguntar á Porthos, en dónde vivíais

ATHOS. ¡Qué, ha llegado Porthos?

D'ART. Sí; ¡pues qué ya sabíais que debía venir!

ATHOS. Continúad, decíais que preguntásteis á Porthos....

D'ART. Cierto que sí, deseaba volver á veros.

ATHOS. Con razon, amigo mio ¡hace tanto tiempo que no nos veíamos!

D'ART. Verdad es, Athos; pero, ¡y en qué estoy pensando, que aun no os he ofrecido nada! vaya, paladead ahora este vinillo de Borgoña, del cual vos y Grimaud habeis hecho tan gran consumo allá en la bodega del posadero de Beauvais; y á propósito.... ¿En dónde se halla el buen Grimaud? ¡Supongo que continúa siempre á vuestro servicio!

ATHOS. Sí; pero en este momento viaja.

D'ART. Vamos, bebed....

ATHOS. Gracias d'Artagnan, ya no bebo, á lo menos no bebo mas que agua.

D'ART. ¿Os chanceáis? ¡imposible! El mas intrépido vaciador de botellas entre los mosqueteros del señor de Treville, se ha convertido en bebedor de agua?

ATHOS. ¿Creéis que yo bebia como todo el mundo?

D'ART. No, de veras. Primeramente teníais una manera de romper los gollotes de las botellas, que os era absolutamente peculiar, propio. Luego que no bebíais como los demas. El ojo de todo bebedor, está siempre vivo y brillante, cuando acerca el vaso á sus labios, y el vuestro nada decia: No he visto nunca en ojo, silencio mas elocuente; parece que se le oía murmurar y decir: entra licor y arroja de mí todos mis pesares.

ATHOS. Y así era en efecto.

D'ART. ¡Y la causa de aquellos pesares, cuál?

ATHOS. Ya no ecsiste, amigo mio.

D'ART. ¡Tanto peor!

ATHOS. ¡Tanto peor!

D'ART. Sí, porque si aun los teníais, pensaba proponeros una distraccion.

ATHOS. ¡Y era!

D'ART. Que volviésemos á la vida pasada. Vaya, Athos, decidme francamente: ¡si con-

tárais con algunas ventajas reales, no os agradaría renovar ahora en mi compañía y en la de nuestro amigo Porthos, las proezas de nuestra juventud!

ATHOS. Esa es una proposicion que me haceis....

D'ART. Clara y franca.

ATHOS. ¡Para entrar en campaña?

D'ART. Sí.

ATHOS. ¿A favor de quién? ¿ó contra quién?

D'ART. ¡Hola! ¡y qué ecsigente sois!

ATHOS. Y sobre todo, preciso. Oidme, d'

Artagnan: no hay mas que una sola causa á la cual un hombre como yo, pueda prestar sus servicios, y está causa es la del rey.

D'ART. Precisamente de eso se trata.

ATHOS. Sí; pero entendámonos. Si por la causa del rey entendeis la del señor Mazarin, ya hemos dejado de entendernos.

D'ART. ¡Malo! ¡esto empieza á embrollarse

ATHOS. Conozco, d'Artagnan, que no nos dirigimos á un mismo fin. Esa vacilacion y esos ambages me dicen claramente de qué parte venís. Verdad es que esa causa no se puede proclamar en alta voz y sin embarazo; y cuando se recluta para ella, se hace con las orejas gachas y la voz un poco embargada.

D'ART. ¡Oh! ¡mi querido Athos!

ATHOS. ¡Ah! ¡mi querido d'Artagnan! Bien sabeis que no lo digo por vos que sois la perla de los valientes, y el tipo de los hombres leales y arrojados. Yo quiero hablar de ese italiano mezuquino é intrigante, de ese marmiton que intentó adornar su cabeza con una corona que ha robado del palacio de la reina; hablo de ese cargador que llama á su partido el partido del rey, y que hace prender á los príncipes de la sangre, no atreviéndose á matarlos como hacia el gran Richelieu. Hablo de ese avaro que pesa sus escudos de oro, y guarda las limaduras de miedo, aunque él juega como fullero, de perderlas al dia siguiente con su mismo juego. Hablo de ese bribon, en fin, que maltrata á la reina, segun se asegura, y que de aqui á seis semanas, entablara la guerra civil para conservar sus pensiones. Si este es el amo que me proponíais, d'Artagnan, muchas gracias.

D'ART. Vos habláis alto, amigo mio, y con bastante desembarazo, porque segun parece, sois feliz en vuestra dorada mediocridad. Porthos tiene quizás cincuenta ó sesenta mil libras de renta; Aramis debe tener á lo menos quince duquesas que se disputan entre sí, al Aramis de Noisy le Sec, como se disputaban en otro tiempo el Aramis mosquetero. Es todavía un hijo mimado de la suerte; pero yo, ¡qué es lo que hago en este mundo! Veinte años ha que llevo mi coraza y mi piel de búfalo pegada á este grado insignificante, sin avanzar y sin retroceder, y sin vivir; en una palabra, estoy muerto; y cuando intento resucitar un poco, cuando aspiro á salir de teniente á capitán, venís á decirme: "ese hombre es un cargador, un motilon, un amo

infame, y.... ¡Voto á bríos! querido amigo que yo lo sé tambien como vos"—y así, os proporcionadme otro mejor que él, ó fundadme rentas.

ATHOS. ¡Ya Aramis y yo lo habíamos pensado, y por eso mismo he escrito á Porthos y á Aramis que se hallasen hoy aquí, en vuestra casa.

D'ART. ¡Ah! ahora comprendo esta coincidencia.

ATHOS. ¡No los habeis visto ya?

D'ART. A Porthos sí, á Aramis no.

ATHOS. Es muy extraño, porque Aramis es el que vive mas cerca. Desde su convento de Noisy le Sec á Paris, no hay sino tres ó cuatro leguas.

D'ART. ¡Qué quereis!—Aramis habrá tenido que cumplir alguna penitencia—y luego, con una vocacion como la suya, no se abandona tan facilmente el convento.

ATHOS. Os engaños; Aramis ha vuelto á ser mosquetero, y es ahora mas mosquetero que nunca. Bebe, alza fuerte la voz, cuando bebe; compromete á las mujeres; se bate una vez todos los meses y se hace llamar el caballero d'Herblay. Y en verdad que ya tarda: apostaria que se ha ido tras de algun guarda piés que lo habrá estraviado en la calle de Tiquetone.

ESCENA XI.

Dichos, ARAMIS.

ARAM. ¡Ay! amigos míos, que aventura! ¡Adorable!... Salud conde, salud d'Artagnan.

D'ART. ¡Querido Aramis vos aquí?

ARAM. En persona. Imaginaos una mujer encantadora que yo encontré en una iglesia....

D'ART. ¡Y qué, habeis seguido?....

ARAM. Hasta su litera.

D'ART. ¡Y desde su litera?

ARAM. Hasta las puertas de un magnífico palacio. Es una seductora criatura que me ha recordado á la pobre María Michon.

D'ART. ¡Calaveron!

ATHOS. Ya lo veis, siempre el mismo.

ARAM. Menos lo hipócrita.... porque antes, os lo confieso, amigos míos, era yo un hipócrita redomado.

ESCENA XII

Dichos. PORTHOS VESTIDO DE GUERRERO.

PORTHOS. Y de veras, es cierto.

ARAM. Hola, Porthos, ¡tambien por acá!

PORTHOS. Vamos, no hay remedio, esta es una sorpresa!

D'ART. Sí, mi querido Porthos, es tal cual lo decís, una sorpresa, y de las mas agradables, preparada por Athos.

PORTHOS. [Abrazando á Aramis con entusiasmo.] Dejad, mi querido Aramis, que os estreche contra mi corazón.

ARAM. [Ahogado.] Decid mas bien, contra vuestra coraza, porque me sofocais.

ATHOS. (Dando la mano á Porthos.) Decidme, querido Duvallon, ¿estáis de marcha para la Tierra Santa?

PORTHOS. A fé mia, que no lo sé; lo único que os puedo decir, es que parto.

D'ART. ¡Silencio! que estos no son de los nuestros.

PORTHOS. ¡Bah! ¡bah!

ARAM. [Bajo á Athos.] ¡Le habeis hablado de los príncipes y del viaje de Winter á Paris?

ATHOS. [Bajo.] Seria inútil porque son del bando de Mazarini.

ARAM. [Bajo.] No importa, bien podremos maniobrar sin ellos.

PORTHOS. (Bajo á d'Artagnan.) Y entonces, ¿cómo haremos?

D'ART. (Id.) No temais, no nos haran falta.

MAGDALENA [que durante este tiempo ha puesto la mesa.]

Caballeros, la mesa está lista.

D'ART. En ese caso, aprovechémonos de lo que el cielo envía, esta es la verdadera sabiduría. ¡No es así Aramis! ¡A la mesa, caballeros, á la mesa!

PORTHOS. Tan es así, que ya yo me muero de hambre.

ATHOS. [Sentándose.] ¡Qué servilleta es esta?

D'ART. ¡No la reconocéis, Athos?

ARAM. Sí, hombre, la del baluarte de San Gervasio.

PORTHOS. Aquella, en la cual el otro cardinal hizo bordar las armas de Francia, sobre los agujeros que le habían hecho tres balas.

ATHOS. ¡Y por qué, amigos míos, se me distingue á mí con esta servilleta!

D'ART. Porque vos sois siempre el mas grande, el mas noble y el mas valiente de nosotros.

ATHOS. Entonces, caballeros, juremos por esta bandera, la única que debemos seguir en medio de las discordias civiles, que probablemente van á brotar, y que tal vez nos separarán, juremos, repito, que seremos los unos para los otros, siempre buenos segundados en los duelos, verdaderos amigos en los negocios graves, y alegres compañeros en las orgías y en la mesa.

D'ART. Con mucho gusto.

ATHOS. Y si el destino hiciese que nos hallásemos en dos campos contrarios, cuando nos encontremos en medio de la refriega, á esta sola palabra: "Mosquetero," pasemos nuestras espadas á la mano izquierda, y ten-

dámonos la derecha; aun en medio del estrago y de la carnicería.

ARAM. Sí, ¡voto á sanes!

PORT. Sí, bravo Athos, eso está muy bien dicho; habláis siempre con mucha elocuencia; pero esta vez me habeis enternecido de tal modo, que casi casi estoy para llorar. Mi palabra de honor que se me han humedecido los ojos.

ATHOS. [Con un aire sombrío.] ¡Y á mas del pacto de la amistad, no nos liga tambien, no ecsiste todavía otro entre nosotros? ¡El de la sangre...

D'ART. ¿Queréis hablar de Milady?

ATHOS. En eso estábais pensando, ¿no es verdad, d'Artagnan?

D'ART. Athos, vuestra mirada es terrible, y grande vuestra penetracion. Sí, en eso pensaba, y ahora me atrevo á preguntároslo, caballeros. Cuando alguna vez recordais aquella pavorosa noche de Armentiers; cuando se os representa en medio de las sombras, aquel hombre embozado en una capa encarnada, cuyo hombre era el verdugo; cuando se os ofrece á la imaginacion aquella ejecucion nocturna; cuando recordais aquel rio que parecia arrastrar en su cauce arroyos de sangre; cuando oís, en fin, aquella voz que gritaba en medio de la oscuridad de la noche: ¡Dejad pasar á la justicia de Dios! ¿no habeis experimentado de vez en cuando unos movimientos de terror que se asemejaban...

ATHOS. ¡Al remordimiento, no es verdad? yo he querido concluir el pensamiento. Y qué, d'Artagnan ¿de veras teneis remordimientos?

D'ART. No, no tengo remordimientos, porque sé muy bien que si la hubiéramos dejado viva, sin duda alguna que ella habria continuado su obra de destruccion; pero sí, lo que siempre me ha sorprendido, amigo mio... ¿Queréis que os lo diga?

ATHOS. Sí.

D'ART. Es que siendo vos el único entre nosotros, á quien aquella mujer nada habia hecho, y siendo vos el solo á quien de ninguna manera habia ofendido, hayais sido vos, Athos, vos que sois tan bueno, el que se encargó de prepararlo todo; el que fué á buscar al verdugo, el que nos condujo á la choza, y en fin, el que como enviado de la justicia divina, ha pronunciado el juicio sobre ella; y lo que es mas y mas sorprendente, que cuando yo mismo, temblando de horror, con la voz balbuciente y los ojos bañados en lágrimas, estaba ya pronto á perdonar, fuérais vos el que dijo: hiérela.

ATHOS. ¿Conque eso os ha sorprendido, eh?

D'ART. Os lo confieso, sí; y si vos mismo no hubiérais provocado esta conversacion, yo guardaria el mas profundo silencio; pero así lo quisisteis, y entonces yo he dicho lo que pensaba. Dispensadme, Athos, si es que esto puede lastimaros de alguna manera.

ATHOS. ¡Amigos míos! Permitidme, ami-

gos míos, que os refiera un episodio de mi vida, el que hasta ahora no he revelado á nadie, y él tal vez os esplicará todo lo que...

ARA. Con mucho gusto, decid.

ATHOS. No necesito recomendaros la discrecion: luego que sepais lo que voy á decir, es muy probable que la anécdota os parezca bastante terrible, no solo para olvidarla, sino tambien para sepultarla en lo mas recóndito de vuestro corazon.

D'ART. Ya os escuchamos.

ATHOS. Oid, pues: tenia yo 25 años, era conde y era el primero de mi provincia en la cual mis antepasados habian reinado casi como reyes. Tenia ademas una fortuna de príncipe, y todos los sueños de amor, de felicidad y de gloria que se tienen á los 25 años. Era libre tambien, y podia disponer de mi persona, de mi nombre y de mi fortuna á mi antojo. Un dia por acaso me encontré en una de mis aldeas con una jovencita de 16 años, bella como los amores y como los ángeles á la vez. En medio de la sencillez de su edad, se le advertia un espíritu ardiente, no un espíritu de mujer, sino de poeta; en fin, ella no solo agradaba, sino que embriagaba. Vivía con un hermano suyo, jóven melancólico y sombrío: seis meses hacia que estaban ambos en el pais, y nadie sabia de dónde habian venido; pero al verlos, á ella tan linda y á él tan piadoso, á ninguno se le ocurrió jamas el preguntarles de dónde venian. Como yo era el señor del pais, fácil me hubiera sido seducirla ó robármela; pero desgraciadamente yo era honrado, y me casé con ella.

D'ART. ¡Cómo! ¿vos la amábais?

ATHOS. Esperad. Me la llevé á mi castillo é hice de ella la primera señora de la provincia; y eso sí, es necesario hacerle justicia, desempeñaba su papel á las mil maravillas.

D'ART. ¿Y bien?

ATHOS. ¡Y bien!... Corrimos un dia ciervos, y el caballo que ella montaba se espantó con la sombra de un poste; dió una corbata, cayó el jinete y quedó privada. Estábamos solos, me lancé á socorrerla, y como el vestido la ahogaba, lo rasgué con mi puñal. Adivinad ahora, d'Artagnan, lo que tenia ella en la espalda; una flor de lis, estaba marcada.

D'ART. ¿Qué horror! ¿qué decís, Athos!

ATHOS. ¡La pura verdad, amigo mio! El ángel era un demonio. La bella y sencilla jóven habia robado los vasos sagrados de una Iglesia, en compañía de su pretendido hermano, que era nada menos que su amante. Yo supé despues todo esto, porque el hermano habia sido preso y condenado.

D'ART. ¿Y qué es lo que hicisteis de ella?

ATHOS. ¡Qué hice de ella! Ya os he dicho, d'Artagnan, que yo era un gran señor, y como tal, tenia en mis dominios el derecho de ahorcar ó perdonar. Por consiguiente lo que hice fué, primero, acabar de hacer pedacer los vestidos de la condesa, luego co-

gí una cuerda y despues la colgué en un arbol.

D'ART. ¡Un asesinato!

ATHOS. Desgraciadamente no, porque mientras yo me alejaba al galope de aquel lugar fatal, y de aquel pais maldito, parece que llegó alguno al lugar de la ejecucion y le salvó la vida. Dejó entonces la Francia y se fué á Inglaterra, en donde se casó con un lord, de quien tuvo un hijo. Despues murió el duque, su marido, volvió á Francia y se puso bajo la bandera de Richelieu; corrió en un baile los herretes de la reina, é hizo que Felton asesinara á Buckingham, y... perdonadme, querido d'Artagnan, si vuelvo á abrir la herida en vuestro corazon, y por último, envenené en el convento de las Agustinas de Bethune, á aquella mujer que vos adorábais, á la encantadora Constanca Bonacieux.

D'ART. ¿Conque era la misma!...

ATHOS. La misma. Cuantos males habiamos sufrido, todos nos los habia causado ella. La primera vez se me escapó para cometer tres asesinatos; pero la segunda, yo juré que no se me escaparía y que ya habia terminado la carrera de sus maldades. ¡Hé aquí el por qué fui á buscar al verdugo de Bethune; ¡hé aquí el por qué conduje á todos tres á la choza en que ella estaba oculta! ¡hé aquí el por qué, cuando dudábais, vos, Porthos, cuando vos temblábais, Aramis, y cuando vos d'Artagnan llorábais, dije yo al verdugo: hiere.

D'ART. Ahora lo comprendo todo.

PORT. Y yo tambien.

ARAM. ¡Vaya! era una mujer infame, con eso está todo dicho; no pensemos mas en ella.

D'ART. Felizmente que de todo lo pasado no queda ni una sola huella.

ATHOS. Ella tenia un hijo del hermano de ese conde de Winter, que nosotros conocemos.

D'ART. Lo sé, porque recuerdo que dijisteis cuando murió: "Ni siquiera se ha acordado de su hijo."

ARAM. ¡Y quién sabe qué habrá sido de él! Ya se ve: muerta la culebra, se mueren los gurrupatos. ¡Creeis vos, que de Winter, nuestro compañero, aquel que nos guió para la ejecucion completa del acto de justicia, se haya entretenido en recoger al hijo! Y aun cuando el tal hijo ecsista, lo que era entonces, estaba en Inglaterra y apenas conoceria á su madre. Por otra parte, todo se hizo en medio de la noche, y con el mayor silencio. A cada uno de nosotros nos interesaba guardar el secreto, y se ha guardado; y así es que, aunque viva, nada sabe, ni nada puede saber. [Se sienta.]

PORT. ¿Qué ha de vivir!... El diablo me lleve, si ese niño no ha muerto. ¡Hay tanta neblina en aquella maldita Inglaterra! En fin, comamos.

MAGD. [Entrando.] El enviado de su Eminencia...

ATHOS. ¿Qué es lo que hay?

15—TEATRO.

D'ART. Nada.

ARAM. Si es una mujer, amigo mio, os dejamos.

D'ART. No caballeros, es un hombre.

PORT. Pues si es un hombre, que entre y que se siente á la mesa.

D'ART. No, porque probablemente no seria una agradable compañía... para Athos y para Aramis. Es un enviado de Mazarin, otro galopo como él; solo tiene que decirme una palabra: retiraos hácia allí si gustais, y no os incomodeis porque hablemos en voz baja.

POST. Nada temais; pero despachadlo pronto. ¡Qué diablo! ya me parece que es hora de que almorcemos. (Los tres amigos se retiran á un rincón.)

D'ART. Decidle que entre, señora Turquoise.

ESCENA III.

DICHOS, Y MORDAUNT, VESTIDO DE PURITANO

(Mag. sola puede oír lo que dicen D'Artagnan y el enviado de Mazarin.)

MORD. El caballero d'Artagnan?

D'ART. Yo soy, para que me mandeis.

MORD. ¡El teniente de mosqueteros de S. M., de la compañía de Treville!

D'ART. El mismo.

MORD. ¡Esperábais algo, caballero!

D'ART. Sí, un mensaje de su Eminencia que debia enviarme con una persona de confianza.

MORD. (Dándole una carta.) El mensaje es este y yo el mensajero.

D'ART. (Leyendo.) Haced lo que os diga el portador; y respecto del despacho que os entregará, no lo abrais sino en alta mar.

MAGD. Lo of bien! en alta mar: es decir, que me quedo otra vez viuda.

MORD. ¿Habeis leído?

D'ART. Sí.

MORD. ¿Estais pronto á obedecer las órdenes que su Eminencia os transmite por mi voz?

D'ART. ¿Qué duda tiene, si estoy á su servicio!

MORD. Entonces preparad vuestro equipaje de campaña, y encontraos el jueves próximo á las ocho de la noche con solo los amigos que habeis prometido, al señor cardenal, de atraer á su partido, en el dique de Boloña.

MAGD. ¡En el dique de Boloña!... pues parece que se va á Inglaterra.

D'ART. ¡Conque el juéves, decís! Hoy es sábado, es decir, dentro de cinco dias; perfectamente, seré puntual.

MORD. No lo olvideis, el jueves á las ocho de la noche, en Bolonia. Y tened presente que si no llegáeis en ese dia y á la hora dicha, yo no os esperaré ni un solo minuto mas.

D'ART. No os molesteis en recomendar la exactitud á un soldado.
MORD. Adios, caballero.
D'ART. Hasta la vista. (*Vase Mordaunt saludando ligeramente á los tres amigos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, menos MORDAUNT.

MAGD. Ahora me toca á mí.
D'ART. ¡Cómo! ¿Nos escuchais?
MAGD. ¡Pues ya se vé!— parece que os vais de Francia.
D'ART. Es muy probable, señora Turquenne.
MAGD. ¡Y qué vais á Inglaterra!
D'ART. Es muy posible, querida amiga,
MAGD. Pues entonces voy á aprovecharme de esta coyuntura para hacer os una recomendacion.
D'ART. ¡Una recomendacion!
MAGD. Sí; que no olvideis que mi hermana tiene la posada de la Cuerna del Cierro, allá en Londres, en la plaza del Parlamento; si fuéseis allá....
D'ART. Seré su parroquiano.
MAGD. ¡De veras?
D'ART. Ya está dicho.
MAGD. Gracias.
PORT. ¡Si almorzaremos hoy!
D'ART. No os impacientéis, aquí estoy ya.
ATHOS. Cuando yo os decia d'Artagnan, que Mazarin era un canalla!
D'ART. ¡Y por qué?
ATHOS. Porque en realidad no son otra cosa sus enviados. El bribon ese, ¡ve aquí á tres caballeros reunidos, y á los tres les dirige un saludo tan mezquino, que apenas bastaria para uno solo!
D'ART. Es preciso disculparlo, porque me parece un puritano.
ATHOS. ¿Viene de Inglaterra?
D'ART. Sospecho que sí.
ATHOS. Entonces será algun enviado de Cromwell.
D'ART. Tal vez.
ATHOS. Sea lo que fuere el tal enviado, lo que es á mí, no me peta ni poco ni mucho.
PORT. Ni á mí.
ARAM. Ni a mí tampoco.
ATHOS. ¡Y cómo se llama ese caballero?
D'ART. No sé.
PORT. Caballeros, almorcemos.

ESCENA XV.

DICHOS, GRIMAUD.

GRIM. [*Fuera.*] En el quinto piso, ¿no es verdad? puerta izquierda.

MAGD. Sí.
GRIM. [*Fuera.*] Bueno!
D'ART. Quinto piso, puerta izquierda, es aquí
ATHOS. Es la voz de Grimaud.
D'ART. Pues qué, ya habla!
ARAM. Sí, cuando las circunstancias son apremiantes. *Grimaud entra precipitadamente.*
ATHOS. Caballeros, alguna novedad hay....
Grimaud, de qué proviene esa palidez, esa agitacion!
GRIM. Caballeros, Milady de Winter tenia un niño; el niño ya es hombre; la tigre tenia un cachorro; el tigre ha salido de la madriguera, estad alerta que viene á buscaros.
D'ART. Qué quieres decir?
ATHOS. Qué estás diciendo?
GRIM. Digo, señor conde, que el hijo de Milady ha salido de Inglaterra, y está en Francia y que viene á Paris, si no es que ya está aquí
ARAM. Pero sabes tú de cierto....
PORT. Sépalo ó no, ¡qué nos importa que venga ó no venga á Paris!.... que venga, ¡vienen tantos!—
D'ART. Y por otra parte, es un niño.
GRIM. ¡Un niño! Caballeros! ¿sabeis lo que ha hecho ese niño disfrazado de fraile?... Por el verdugo de Bethune supo toda la historia de su madre, y despues de haberlo confesado, por vía de absolucion, le plantó en medio del corazon este puñal que veis aquí. Miradlo, está todavía húmedo y rojo.
ARAM. ¿Y tú lo has visto?
GRIM. Sí.
D'ART. ¿Sabes cómo se llama?
GRIM. No señor.
ATHOS. Yo si lo sé: se llama el vengador.

CUADRO II.

Un salon en casa de Lord de Winter en la plaza real.

ESCENA I.

D'WINTER, ATHOS.

D'WINT. ¿Qué es lo que me decís, conde?
ATHOS. Os digo que Grimaud llegó allí cuando el otro espiraba, y él mismo nos presentó el puñal humeando sangre todavía.
D'WINT. ¿Entonces lo sabe todo?
ATHOS. Todo, menos nuestros nombres.
D'WINT. Pero; ¿cómo y por qué habrá salido ese hombre de Inglaterra?
ATHOS. ¡Allá estaba!
D'WINT. Ciertamente.
ATHOS. ¡Y qué hacia allí?
D'WINT. Es uno de los partidarios mas acérrimos de Oliverio Cromwell.

ATHOS. ¡Y cómo es que se ha adherido á esa causa? Sus padres creo que eran católicos.

D'WINT. Sí; pero el rey, á pedimento mio, lo declaró bastardo; lo ha despojado de sus bienes, y le ha prohibido llevar el nombre de Winter; con esto, su odio hácia Carlos I lo ha arrojado en las filas de Cromwell.

ATHOS. ¡Y ahora cómo se llama?

D'WINT. Mordaunt.

ATHOS. ¡Perfectamente! no se me olvidará. Parece que la Providencia misma nos ha prevenido; ¡estemos, pues, alerta! Pero vengamos, milord, al negocio que os trae á Paris.

D'WINT. Decidme ante todas cosas, ¿Porthos y Aramis son siempre vuestros amigos?

ATHOS. Y agregad á esos, Milord, d'Artagnan. Los cuatro somos siempre, como éramos en otro tiempo, cuatro amigos íntimos, decididos á protegernos recíprocamente; pero cuando se trata de alguna cuestion política, no somos mas que dos de cada bando, y al mio pertenece Aramis.

D'WINT. Ese solo rasgo os retrata cual sois. Habeis abrazado la causa de los príncipes, la gran causa, la única causa, la sola que pudiera convenir á vuestro carácter noble y generoso. Y no quiero ocultaros que en esa confianza he venido yo á Francia.

ATHOS. Es decir, que al emprender este viaje, contabais con nosotros.
D'WINT. Sin duda, conde: necesito de ambos. ¡Y el señor de Aramis está ya advertido!....

ATHOS. Justamente, vedlo ahí.

ESCENA II.

DICHOS, ARAMIS.

D'WINT. Caballero, llegais muy á propósito: iba precisamente á suplicar al señor conde, me permitiese presentar tan íntimos amigos á la reina de Inglaterra.

ARAM. ¡A la reina de Inglaterra!

ATHOS. ¡A madama Enriqueta de Francia! Dispensadme, milord: yo no tengo el honor de conocer á S. M., sino por sus desgracias en Inglaterra, y aquí por su destierro.

D'WINT. Nada supone eso; yo os conozco, y ademas, le he ofrecido esta mañana que os presentaria.

ATHOS. ¡En el Louvre!

D'WINT. No, en las Carmelitas. ¿Por fin, estais dispuestos, caballeros?

ATHOS. Milord, cuando gustéis.

ESCENA III.

DICHOS, TOMY Y DESPUES PARRY.

D'WINT. ¿Qué hay, Tomy?

TOM. El ayuda de cámara de S. M. la reina de Inglaterra, desea poner en manos de vuestra señoría una carta de su augusta ama.

D'WINT. Entrad, Parry.... ¿cómo está S. M?

PAR. La salud, buena, milord; pero el corazon muy triste.

D'WINT. ¿Traeis algo para mí?

PAR. Esta carta, milord.

D'WINT. (*Rompe el sello y lee.*) "Mucho temo, milord, que si venís á verme al Louvre ó á las Carmelitas, alguien os siga ó que se nos atisbe; preferiria, pues, ir yo en persona á vuestra casa: cuanto mas contrario sea á las habitudes reales el paso que yo diere, menos podrá despertar sospechas; y por consiguiente, probable es que no sea espiado: en vez de venir á verme, esperadme en vuestra casa, donde llegaré casi al mismo tiempo que mi mensajero. Vuestra adicta, Enriqueta."
¡Muy bien! Parry, espero á vuestra ama.

TOM. ¿Me permitirá milord una palabra?

D'WINT. ¿Qué hay?

TOM. Acabo de preguntar al señor Parry por aquel hombre que nos siguió hasta aquí esta mañana.

D'WINT. ¿Y bien?

TOM. Dice que está todavía en la esquina de la calle, porque lo ha visto, y lo ha conocido por las señas que le han dado.

D'WINT. ¡Y tal vez no sabeis quién es ese hombre!

TOM. No señor, cuando yo lo ví, me volví la espalda, y como no he vuelto á salir, milord....

D'WINT. Basta, idos: ya tomaré yo mis precauciones: gracias, Parry.

ATHOS. ¿Quizás esa carta desconcierta los proyectos de milord?

D'WINT. No, conde.

ATHOS. Me pareció que os molestaba su contenido.

D'WINT. No, me sorprendió un poco, por el mucho honor que me anuncia.

PAR. [*Abriendo la puerta.*] Milord!....

D'WINT. ¿Estaria ya ahí la persona que me ha hecho el honor de escribirme?

PAR. Justamente su litera llega á la puerta en este instante.

D'WINT. ¡Id á recibirla, Parry, pronto!

ARA. ¡Es una mujer?

D'WINT. No, es una reina.

ATHOS. ¡S. M. madama Enriqueta!

D'WINT. Caballeros, sí.

ATHOS. Entonces, milord, nos retiramos.

D'WINT. (*Levantando una tapicería.*) Todo lo contrario.... Os suplico que entreis aquí, y oigais lo que S. M. y yo vamos á hablar. Libres sois para presentaros luego, ó para permanecer ocultos. Si os presentáseis, es que aceptais, y si os quedais ocultos, que rehusais.

ARAM. Pero, milord, no comprendemos....

D'WINT. Entrad, entrad, y mas tarde lo comprenderéis. [*Entran, D'Winter deja caer la tapicería.*]